

racion á lo infinito; en la sociedad democrática, toda su rica naturaleza, sin sombras que la oculten, sin manchas que la empañen; su naturaleza, la obra predilecta del Creador. La asociacion es uno de los derechos que consagrará la democracia.

Febrero 26 de 1860.

---

## LA GUERRA DE ÁFRICA.

---

### I.

En el gran plan de la historia, cada pueblo cumple su fin providencial, como en el gran sistema de la naturaleza cada sér tiene su destino. Cuando los pueblos, despues de haber trabajado por largo espacio, han cumplido su obra providencial, se hunden para siempre en los abismos del tiempo. Los imperios de Oriente, despues de haber disciplinado las razas primitivas, se hundieron, y sobre sus esfinges, sus dioses y sus templos se extiende el desierto; Grecia arrojó al fondo de sus mares su cincel de artista que habia modelado al hombre; Roma vió fundirse su invencible espada en las hogueras encendidas por los bárbaros, y Alejandria y Constantinopla, que tegieron gran

parte de la trama de nuestra vida, son como inmensas ruinas que las nuevas ideas se van llevando en sus impetuosas corrientes. Cuando veais en uno de esos grandes y pasmosos desiertos, que son como el sepulcro de un pueblo, ruinas esparcidas, no preguntéis por la espada del conquistador que las ha hacinado; preguntad á la historia por el secreto de su destino y de su idea, y vereis que no mueren los pueblos sino despues de haber repartido su alma inmortal entre los hombres y haber dejado á las generaciones su vida, y que, cumplido su destino y realizada su idea, si desaparecen, es para abrir paso á nuevas generaciones, á nuevos pueblos, que vienen armados de otros instrumentos á continuar el gran templo de la civilizacion universal.

Los pueblos van trasmitiéndose de mano en mano la copa de la vida, y todos la llenan con sus lágrimas, con sus ideas, con la esencia misteriosa de sus almas. Sólo así, sólo considerando que todo sucede para el progreso de la humanidad, podríamos cruzar con ojos enjutos ese inmenso campo de batalla que se llama historia del mundo, y ver tantos héroes desgraciados, tantos génios heridos cuando abrian sus alas para volar

al cielo, tantos altares destrozados, tantas obras maravillosas del arte rotas, tantas civilizaciones hundidas, tantos mártires, tanta desolacion y universal ruina. Cuando vemos que cada siglo que pasa deja una estela en la conciencia, y cada pueblo que se hunde un suspiro de su alma en los aires, y cada génio un rayo de luz que disipa las tinieblas, y cada obra de arte una armonía que consuela los dolores, y cada civilizacion una nueva vida que las civilizaciones venideras recogen, comprendemos que la idea divina que precede como una estrella al largo viaje de la humanidad por el tiempo y el espacio, luce entre las mayores borrascas, y señala á cada pueblo la ruta por donde ha de llegar al cumplimiento de su ideal, á la realizacion de su destino; y así, ningun esfuerzo se pierde, ningun pensamiento se evapora, ningun sacrificio se esteriliza, y todo contribuye á las grandes armonías de la Providencia.

Por eso cuando un pueblo está llamado á grandes y maravillosos destinos, cuando le queda que cumplir alguna parte del ideal de la humanidad, aunque le cerquen todos los dolores, aunque se conjuren contra su existencia todas las tempestades del mundo, aunque pretendan aniquilarlo

todos los pueblos, se queda en pié, guardando solícito el fuego inextinguible de su idea para iluminar á los mismos que le persiguen y le atormentan. La idea de un pueblo es su vida, vida más real, más positiva, más grande que todos los tesoros y todos los dominios del mundo; porque la idea tiene más fuerza que las espadas, como que es el alma del alma. Y esta consideración nos lleva como de la mano á explicar por qué nuestra pátria, la esforzada nación española, todavía está sobre su pedestal con su lanza en la mano y su corona en la frente. La nación española ha sufrido muchos dolores; ha pasado por grandes y dolorosas angustias; ha sostenido el inmenso peso de larga servidumbre, que hubiera agotado la vida de otro pueblo ménos grande; ha luchado al principiar el siglo por su independencia, y durante todo el siglo por su libertad; y á pesar de haber recorrido este largo calvario, donde ningun dia le ha faltado un nuevo dolor, una nueva angustia, no se ha rendido al peso de sus graves infortunios, porque la ley, que preside á la historia, la conserva para civilizar sus continentes, para llevar la libertad y la salud al espíritu de razas encorvadas bajo el fatalismo, esa

estúpida negación del hombre, para grabar la idea de justicia, de humanidad, de derecho en el fondo del África, y desbastar así un mundo sumido en la degradación, á fin de que se extienda el espíritu de nuestro siglo por más extensos y dilatados horizontes.

Al recordar que este es el gran destino de nuestra pátria, el corazón se ensancha de orgullo y de alegría. ¿Quién no ama á la pátria? ¿Quién no siente derramarse por el corazón un fuego sagrado, cuando se trata de la honra de la nación en que ha nacido? La pátria nos recuerda nuestra inocencia, nuestra cuna, las primeras dulces palabras que balbucearon los labios, las primeras oraciones que desde el seno purísimo del alma se perdieron en el cielo, el primer amor que agitó nuestro corazón; la pátria nos ha dado de su misma tierra los átomos que componen nuestro cuerpo, de su mismo jugo la sangre que corre por nuestras venas, de su sol el calor de nuestra vida; la pátria nos une con los tiempos que ya no son, porque guarda amorosa las cenizas de nuestros padres y los recuerdos de nuestra historia; la pátria cobija todos los seres que amamos, y guarda todos los que lloramos; y unida á todos nuestros

recuerdos, identificada con nuestro mismo espíritu, siendo parte de nuestra misma vida, se aparece siempre, en todas ocasiones, á nuestros ojos como dulce y cariñosa madre. Por eso, todos los pueblos, en los supremos trances de su historia, cuando la pátria ha peligrado, han tenido héroes que la salvaron, mártires que murieron en su defensa. Compuesto el hombre de espíritu y naturaleza, como que es la síntesis suprema de la creación, no puede nunca dejar de sentir que la tierra en que ha nacido es parte de su mismo ser, de su propia sustancia. Y las glorias de la pátria, y su esplendor y su grandeza, dan al pensamiento ese libre vuelo, ese ardor, esa grandeza que no puede nacer del seno de una pátria envilecida.

Hace ya mucho tiempo que España padece un mal gravísimo. Creen sus hijos que esta nación tan grande, ha perdido su pujanza, ha olvidado sus glorias. Creen que el peso de su cadena le ha quitado las fuerzas. Creen que, descendiendo de día en día, ha tocado ya en el último límite de la degradación y de la miseria. Así es que de nuestra tribuna, de nuestra prensa, del fondo de nuestra literatura, se eleva un grito agudísimo de ese dolor, de esa desesperación que aqueja á

los pueblos irremisiblemente perdidos; á los pueblos que no vislumbran una esperanza; á los pueblos, que gimen bajo el látigo de sus opresores, y que han perdido hasta el sagrado hogar de la pátria. Es necesario curar de raíz este mal, que quita sus alas al corazón, su vigor á la inteligencia. Vosotros, los que desconfiais de España, habeis olvidado que cuando en el mundo sólo habia esclavos, aún daban nuestras montañas hombres libres; habeis olvidado que cuando los bárbaros todo lo dominaban, España dominaba con su espíritu á los bárbaros; habeis olvidado que cuando el desierto vomitaba ardientes guerreros, más impetuosos que el huracán, España les atajaba el paso para que no extinguieran la civilización cristiana; habeis olvidado que cuando África se rehizo y amenazó al mundo entero, sólo España la detuvo, la confundió en las Navas de Tolosa; habeis olvidado que cuando la sociedad aún dormitaba al pié del castillo feudal, España se habia lanzado á los mares y habia descubierto un mundo á los ojos atónitos de Europa; habeis olvidado que en medio de nuestros reveses nos levantamos á ser el modelo de los pueblos; habeis olvidado, en fin, el grito de la guerra de la inde-

pendencia, que todavía se oye en los aires, las ruinas de Zaragoza y de Gerona, que aún humean la sangre de nuestros mártires, la lucha gigante por nuestra libertad, que aún hace vibrar la tierra bajo nuestras plantas; todos, todos esos milagros que llenan las páginas de la patria historia.

La nación española guarda ese carácter emprendedor, audaz, que nace del gran predominio que la fantasía tiene en todos sus hijos. Volved los ojos á todas las regiones de la tierra, y no encontrareis una donde el génio español no haya dejado su huella. El Mediodía de la Francia, recuerda la pujanza de nuestras legiones, que dejaron allí impreso el sello de la civilización española. Alemania fué en el siglo xvi arrebatada en las á las de fuego de nuestro génio. Hungría recuerda que eran caballeros españoles los que detenían á la media luna, cuando amenazaba esclavizarla como á Constantinopla. Polonia sabe que sólomente la voz de nuestra nacionalidad se levantaba á protextar cuando los déspotas se repartían, como una presa de caza, sus ensangrentados despojos. Italia, dice que Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milan, la misma Roma, bajaron mil veces su frente al ver ondear en los aires nuestras gloriosas banderas. Ate-

nas, Constantinopla, debieron al génio español tal vez un siglo de libertad fuera de los serrallos mahometanos. África, en sus costas del Atlántico y del Mediterráneo, guarda por do quier recuerdos de las glorias españolas. El Asia, el Asia misma, aún hoy presenta monumentos de nuestra grandeza y de nuestro poder. Y cuando las olas del inmenso Océano se entrechocan para besar un nuevo mundo, dicen que aquella creación rasgó sus velos al conjuro del inmortal génio español. Así, por todas las risueñas costas del Mediterráneo, en el Bósforo, en el antiguo Ejeo, en las risueñas riberas donde dormía Cirene, como en las grandes costas del inmenso Océano, por do quier volvemos los ojos, encontramos, como los restos de un gran naufragio, recuerdos inmortales, monumentos imperecederos, pedazos del alma de la gran nacionalidad española. Y si esto es cierto, si más de treinta siglos significan que el carácter español es el más audaz y emprendedor de todo el mundo, ¿seremos tan menguados nosotros, los hijos del siglo xix, que imaginemos haberse agotado ya aquel espíritu que recibimos de nuestros padres?

Y no sólomente tiene este carácter aventurero,

audaz; tiene también un carácter civilizador. Dios ha hecho á ciertos pueblos sensibles, artistas, de imaginacion viva y pensamientos elevados, prontos á la guerra y al sacrificio, capaces de iluminar una idea para más extenderla y prolongarla, con el fin de que sirvan para educar á los pueblos sumidos en las tinieblas, que poco á poco deben despertarse á la vida. Al Occidente del Asia, al principiar la historia antigua europea, se levantaban aquellas razas que recojian los oráculos del Oriente, los nombres de los dioses, los ecos de las artes, para transmitirlos al Nuevo-Mundo, que se despertaba en Grecia. Y lo que sucedió al principiar la historia antigua europea, sucedió al comenzar la historia moderna europea. Dios elevó en el último límite de Occidente un gran pueblo, el pueblo español. En la hora en que era más necesario su trabajo en la civilizacion universal, cayeron á sus piés todos sus enemigos, se juntaron bajo un mismo pabellon sus más ricos reinos, y pudo, fuerte y poderoso, lanzarse á las empresas más gigantescas que guarda la memoria de la humanidad. Era aquella época en que Dios habia dado al hombre la brújula para que dominara los mares, el telescopio para que explorase los cielos,

el renacimiento del mundo antiguo para que se identificara con todos los siglos, la imprenta, para eternizar su pensamiento, la conciencia de su propia libertad para que entrara en una nueva fase de su vida; y como todas estas ideas no cabian en los viejos continentes, se necesitó para la nueva humanidad un nuevo mundo, y surgió América. El destino de descubrirla, de civilizarla, de abrir su naturaleza al trabajo del hombre, y la conciencia de sus hijos á la idea de Dios, fué encomendado á España, que agotó en América sus fuerzas, su inteligencia, la vida de sus más preciadas generaciones, para producir una civilizacion cuya fuerza, cuya grandeza no podemos medir hoy, que esa civilizacion pasa por los grandes dolores propios de todas las revoluciones, pero que acaso esté destinada á resolver en una armonía los grandes antagonismos de razas y las grandes contradicciones de ideas que aún hoy atormentan á la sociedad y á la naturaleza.

Nuestra pátria tiene los dos grandes caracteres que se necesitan para emprender una guerra como la guerra de África; tiene esa fuerza, esa grandeza, esa tenacidad propia de los guerreros, que no cejan por ningun obstáculo, y tiene al mismo

tiempo el espíritu propagandista, que la hace muy propia para educar y enaltecer á un pueblo inculto, postrado en la humillante degradacion del fatalismo, que ha perdido con la idea de lo justo la nocion de la libertad y de la dignidad humana, sin las cuales no pueden existir los pueblos. Por su carácter guerrero, España se precipitará en la pelea con ese ardor, con ese entusiasmo, que es propio de sus hijos, y por su ardor y por su entusiasmo logrará una segura victoria. Y despues, cuando se hayan extendido sus fronteras por el África, cuando pueda ondear su pabellon sobre una de esas grandes ciudades que sometieron á nuestro dominio reyes como Carlos V, no se llevará la estrecha mira de tener una ciudad más, sino que irá, con la perseverancia, que es su mayor blason, deramando la luz de sus ideas, de su civilizacion, el espíritu del cristianismo en esos pueblos esclavos, para que, levantándose de su abatimiento, adquieran con la idea de Dios la idea de la libertad del hombre, y puedan trabajar en la civilizacion universal, y en el cumplimiento de los altos fines de la Providencia.

¿Y no se oye hácia el Asia y hácia el África como el sordo ruido de pueblos que se mueven

para entrar en la gran escena de la vida? El pensamiento de nuestra civilizacion es tan vário y tan grande, que, como al comenzar la historia moderna, no cabe en los dos continentes civilizados, en Europa y América. El espíritu vuelve á remover los templos del Asia, y busca entre sus ruinas, no sus dioses de bronce y sus idolos que ya han muerto, sino el hombre; sí, el hombre, artífice necesario de la gran obra, cuyo modelo está en el pensamiento de Dios. Bastante tiempo há dormido el Asia sobre sus aras destrozadas; bastante tiempo ha tenido para engendrar nuevas razas. Es necesario que la madre de los dioses y de los hombres se levante, y con la voz de sus tempestades, con el murmullo de sus bosques sagrados, que aún conservan el aliento creador, nos diga á qué destino la llama la voz de Dios, que resuena en sus desiertos y en las cavernas de sus destrozados templos. Y lo que sucede en Asia, sucede en África. Esta region inmensa parece un geroglífico escrito sobre la tierra. El mundo ignora aún qué quieren esas razas que pasan por sus desiertos sin manifestar la lucha de una idea y sin dejar una débil huella. Y sin embargo, entre la historia primitiva y la historia clásica, se levantan

ta el Egipto, como entre la historia antigua y la historia de la Edad media se levantan los grandes califatos, cuya influencia es semejante en la vida moderna á la influencia del Egipto en la vida antigua. El África es un término medio en el desarrollo dialéctico de la idea humana, es el nexo que une las premisas de la civilización asiática con las conclusiones de la civilización europea. Hoy parece que esa región gigante se ha agotado, parece que ha ido descendiendo, como Cleópatra, las gradas de su tumba, para enterarse con todas sus joyas, y que ha apagado la lámpara de su antigua idea para que ningún pueblo profane su cadáver ni conozca los misterios de su muerte. Y sin embargo, se siente como el rumor de nuevos pueblos que se levantan, como el anuncio de una nueva revolución en su historia. Dios llama á esos pueblos á la vida; Dios quiera que no se pierdan ni sus esfuerzos ni su inteligencia. Mas si la inspiración posee á los individuos, no posee á los pueblos. Los pueblos no pueden levantarse de súbito á la vida y á las grandes ideas; necesitan otros pueblos que los eduquen. ¿Quién llamará al Asia para que entre en la vida universal? ¿Quién llamará al África?

En los dos extremos de Europa hay dos naciones, que Dios impulsa á cumplir unos mismos destinos. Estas dos naciones son Rusia y España. Rusia, por su carácter oriental, por sus tradiciones, por los recuerdos del imperio bizantino, que le dió al morir su alma, por su espíritu de asimilación, por el vigor de sus diversas razas, está llamada á unir, á condensar el alma de todos los pueblos dispersos en el Asia, que van perdiendo la memoria de sus antiguos dioses, y hasta la conciencia de sus propias fuerzas, y que, acaso en las grandes catástrofes venideras, en las grandes revoluciones que agitan y trastornan el mundo, sea necesario para encerrar el oloroso bálsamo de una nueva idea; porque Dios dá un nuevo cuerpo á la humanidad siempre que necesita darle un nuevo espíritu. Y si el destino de Rusia evidentemente es civilizar el Asia, el destino de España y Portugal, porque no podemos hablar de estos pueblos separadamente, es civilizar el África. España, por su carácter, por sus tradiciones, por su posición geográfica, por su espíritu asimilador, por la idea que se cierne constantemente sobre toda su gran historia, por el recuerdo sagrado de sus padres, de sus héroes y de sus mártires,



debe civilizar ese país, donde el despotismo domina con todos sus horrores, y la esclavitud con todo su envilecimiento; donde el hombre duerme entregado al estúpido fatalismo, sin conciencia ninguna de su personalidad; donde se pierden y evaporan grandes torrentes de vida, que el Creador ha destinado para acrecentar las maravillas de la naturaleza y las ideas del espíritu; y si la nación española no cumple este su destino, si se empeña en degradarse hasta el extremo de consentir esa afrenta siempre, su nombre será borrado del mapa de las naciones civilizadas, ó cuando ménos, será uno de esos pueblos que nada significan, que nada valen; pobres plantas parásitas, sin luz, sin vida propia, vegetando sobre el sepulcro de su historia.

Esta materia es de suyo tan vasta, que há menester de mayor espacio para su exámen. Lo remitiremos á otros artículos. En esta cuestión no hay, no puede haber partidos. Todos somos españoles. El amor á la pátria une todos nuestros corazones, identifica en una idea comun todas nuestras inteligencias. Al pensar en que se acerca el día anhelado de concluir la obra comenzada por nuestros padres, se ensancha el corazón y se di-

lata el espíritu. Bajo nuestras plantas el polvo que alza el aire, es polvo de nuestros héroes, de nuestros mártires sacrificados en aras de tan gran causa. El espíritu gigante que animó todas las hazañas de nuestra historia, se despierta como para apoderarse del brazo de nuestras legiones y llevarlas á la victoria. Si cuando comencemos esa obra providencial; cuando vuelva á resonar el grito de nuestros héroes en las líbicas regiones; cuando volvamos á estrechar las ciudades que han sido nuestras desde luengos tiempos; cuando grabemos la idea de la civilización cristiana en los ardientes desiertos del África, podremos, inclinándonos sobre el sepulcro de nuestros mayores, decirles: «Dormid en paz; hemos concluido vuestra obra, y somos dignos de llamarnos vuestros hijos, porque hemos enaltecido á nuestra amada España.»

Setiembre 20 de 1859.